Feminismo e intelectualidad en Sor Juana

En 1689 aparecía en Madrid, con el pomposo título de *Inundación Castálida*, la primera recopilación poética de Sor Juana. Entre ese año y 1725 su obra literaria, recogida en tres tomos, fue editada en diversas imprentas españolas nada menos que en diecinueve ocasiones. Pocos autores del barroco tuvieron el privilegio de que sus obras fuesen reeditadas tantas veces en tan corto espacio de tiempo, sobre todo si tenemos en cuenta su contenido fundamentalmente poético. La fama de sor Juana quedó patente en los numerosos poemas encomiásticos que los escritores de su tiempo le dedicaron como homenaje póstumo en la *Fama*, pero su buen nombre pronto quedó sepultado por el olvido o por la censura de la cultura ilustrada del siglo XVIII, que tan hostil se mostró con la estética barroca. La fama que parecía asegurada en 1725 evidenció su carácter efímero y la censura del padre Feijóo en 1728 marcó el comienzo de un largo ostracismo que ni siquiera la buena voluntad del ecuatoriano Juan León Mera logró romper en 1873 al editar de nuevo a sor Juana, y fue preciso esperar a que la revalorización de Góngora por los poetas españoles de la generación del 27 y por los mexicanos del grupo de Contemporáneos, llevase paralelamente a redescubrir a sor Juana.

La obra literaria de sor Juana está hoy plenamente reconocida y su nombre figura al lado de los más grandes poetas del barroco —Lope, Góngora, Quevedo— pero, al margen de su indudable valor como poeta, su actualidad está también determinada por su propia personalidad. Me refiero a la reciedumbre de su carácter y a la solidez de sus convicciones, que le hicieron mantenerse firme en un derecho primordial que en su tiempo, teóricamente, no se cuestionaba, pero que en la práctica distaba mucho de respetarse: la igualdad intelectual del hombre y la mujer. Lejos de claudicar ante un mundo dominado por los valores masculinos se

defendió a través de la escritura de una sociedad que marginaba a la mujer, dejando un mensaje de rebeldía que no es extraño haya encontrado eco en nuestros días.

Es así como la figura de sor Juana ha sido invocada desde una perspectiva feminista —a veces desde posiciones reivindicativas extremas que olvidan el factor limitador de la contextualización histórica— interesándose por conocer cómo fue posible que una mujer en el siglo XVII se empeñase en defender la igualdad de sexos en el ámbito de las capacidades intelectuales. Es cierto que el término «feminismo» adquiere su sentido a partir de los movimientos reivindicativos iniciados en el siglo XIX. Aunque desde esta perspectiva, aplicarlo a épocas anteriores puede considerarse un anacronismo, no por ello es inadecuado su uso. El término expresa, mejor que otro cualquiera y al margen del momento histórico, los planteamientos que buscan la igualdad de la mujer con el hombre. Pretender que sor Juana encarne un ideario feminista, impensable en su época, conduce a un enfoque erróneo de su personalidad. En cambio, lo que sí es seguro es que sor Juana tuvo una conciencia muy clara de su derecho como mujer al estudio y al desarrollo de su intelectualidad en igualdad con el varón. Sin duda que bien le corresponde a quien luchó por tan fundamental derecho el calificativo de «feminista».

En la *Respuesta* dejó sor Juana constancia de su vocación intelectual, sentida desde la infancia. En este famoso texto aparecen claros los motivos de su ingreso en un convento: se trata de una decisión personal muy meditada, de la elección de un tipo de vida que le permita dedicarse al estudio. Con actitud firme le manifiesta al obispo de Puebla, Fernández de Santa Cruz, destinatario de la *Respuesta,* que su decisión de ser monja no se debió a una vocación religiosa sino a la necesidad de escoger estado en una sociedad que no ofrecía muchas posibilidades (lógicamente, no lo expresa de manera tan directa). Las quejas del obispo, que le acusaba de falta de devoción, podrían haber sido lógicas en aquellos inicios de su vida religiosa, pero a sor Juana debió parecerle injustificado que se le hicieran tantos años después, en 1690, cuando había demostrado ser una religiosa cumplidora de sus deberes de comunidad. El carácter público de las acusaciones agravaba lo que podría considerarse una ofensa, aunque la relación obispo-religiosa obligaba a «matizar» que se trataba de la natural reconvención que con todo derecho ejercía la autoridad eclesiástica. La *Carta de Sor Filotea de la Cruz,* en la que Fernández de Santa Cruz elogiaba la maestría de sor Juana en su crítica al sermón del «Mandato» del jesuita Antonio Vieyra —hasta el punto de editar el texto de sor Juana con el título de *Carta Atenagórica*—, contenía también críticas y comentarios que hoy juzgamos innecesarios. El tono de la *Carta* de Fernández de

Santa Cruz puede sorprender e, incluso, resultar extraño. Lo que cabía esperar era el cúmulo de alabanzas habituales en los textos de presentación; sin embargo, junto a los elogios, aparecían críticas personales a sor Juana —inadecuadas en un texto impreso— atribuibles al papel de pastor de almas que encarnaba el obispo, ejercido en este caso con evidente exceso. Lo curioso es que, en esencia, la crítica de Santa Cruz era un gran elogio de Sor Juana: su recomendación de que abandonase las letras humanas en favor de las divinas era un reconocimiento de que, como mujer sabia, se igualaba a los varones sabios y podía competir con ellos en asuntos teológicos, campo vedado tradicionalmente a la mujer. De hecho, la mejor prueba del lugar que se le reservaba a sor Juana en una sociedad hecha a medida del varón, era la publicación de su comentario crítico al sermón de Vieyra. En cambio, el tono de la misiva del obispo no pudo ser más desafortunado. Señalar a una monja que mejorase sus lecturas, «leyendo alguna vez el (libro) de Jesucristo», era una impertinencia que ni siquiera el tono familiar de la carta permitía.

Mucho debieron dolerle a sor Juana algunas de esas injustas recomendaciones. Su *Respuesta* fue un meditado texto en el que, con manifiesta contención, dejaba su testimonio/testamento para la posteridad. Hay en la *Respuesta* un cierto desánimo al comprobar que, después de tantos años, el reconocimiento intelectual y poético servía de muy poco. Bajo el disfraz femenil de sor Filotea, pseudónimo que empleaba Santa Cruz en su *Carta,* seguía ocultándose el poder sin contemplaciones del varón: ¿de qué le había servido a sor Juana su lucha de tantos años defendiendo su libertad intelectual si, al cabo, el obispo de Puebla, persona del círculo de sus amistades, le recriminaba que perdiese el tiempo leyendo a filósofos y poetas? ¿Se hubiera atrevido Santa Cruz a escribir su *Carta de Sor Filotea de la Cruz* si Sor Juana hubiera sido varón? Sólo tratándose de una mujer eran concebibles esas críticas, porque el dominio masculino sobre la cultura seguía siendo total. Con aparente «generosidad» manifestaba el obispo en su *Carta* que no aprobaba la «vulgaridad de los que reprueban en las mujeres el uso de las letras» *(OC,* IV: 695)[1], aunque matizaba, siguiendo el pensamiento tradicional: «Es verdad que dice San Pablo que las mujeres no enseñen; pero no manda que las mujeres no estudien para saber; porque sólo quiso prevenir el riesgo de elación en nuestro sexo, propenso siempre a la vanidad» *(ibid).* El *mulieres in eclesiis taceant* de San Pablo seguía siendo admitido de la manera más natural y sor Juana parece aceptar esa limitación que la época imponía al desarrollo intelectual de la mujer, aunque es evidente que se trata de un sometimiento que no refleja su verdadero sentir. De hecho, su «crítica» al padre Vieyra, sus «Autos» y «Villancicos», ofrecían la imagen pública de una mujer que «enseña» en asuntos teológicos.

[1] *Las citas de textos de sor Juana se localizan en la edición de las* Obras completas *(citado OC) realizada por A. Méndez Plancarte (México, FCE, 1951-54), o bien en mi edición de Sor Juana,* Obra lírica *(citado p.) (Madrid, ed. Cátedra, 1992).*

Los resabios antifeministas aún eran más notorios en la referencia que el obispo hacía a la vanidad de las mujeres como algo inherente a su condición femenina. El ejemplo que Santa Cruz pone a continuación resulta paradigmático —incluso por su carácter acientífico— de la condición de subordinación con que se ve a la mujer:

> A Sarai le quitó una letra la Sabiduría Divina, y puso una más al nombre de Abram, no porque el varón ha de tener más letras que la mujer, como sienten muchos, sino porque la *i* añadida al nombre de Sara explicaba temor y dominación. *Señora mía* se interpreta Sarai; y no convenía que fuese en la casa de Abraham señora la que tenía empleo de súbdita *(Ibid)*

Contra esa marginación de la mujer, sor Juana escribe su larga *Respuesta,* aunque era sumamente difícil que la sociedad cambiase su forma de pensar. La subordinación de la mujer al varón era algo tan asumido que, por ejemplo, cuando Feijóo escribe sobre sor Juana en su *Teatro Crítico Universal* (1728), al compararla con Vieyra, señala: «¿Y qué mucho que fuese una mujer inferior a aquel hombre, a quien en pensar con devoción, discurrir con agudeza y explicarse con claridad no igualó hasta ahora predicador alguno?» (Maza: 291). Sor Juana ya había respondido a esa pregunta en su *Crisis de un sermón* o *Carta Atenagórica,* atreviéndose a competir con el famoso jesuita y burlándose de su orgullo:

> Que cuando yo no haya conseguido más que atreverme a hacerlo, fuera bastante mortificación para un varón tan de todas maneras insigne; que no es ligero castigo a quien creyó que no habría hombre que se atreviese a responderle, ver que se atreve una mujer ignorante, en quien es tan ajeno este género de estudio, y tan distante de su sexo *(OC,* IV: 435)

No podía prever sor Juana las negativas consecuencias que la publicación de su *Crisis* le iban a ocasionar. Incluso puede pensarse —a nivel de hipótesis ante la falta de datos ciertos— que fue el desencadenante de su conocida «conversión» de los últimos años o, lo que es lo mismo, de su renuncia a seguir escribiendo. Me detendré en esta cuestión porque en ella cobra singular importancia la perspectiva feminista.

Tal como señala Trabulse: «De todas las obras de sor Juana Inés de la Cruz, ninguna tuvo en su época tantas repercusiones ni levantó tantas polémicas como la *Carta Atenagórica* (...). Cuando apareció la obra, surgieron en la Nueva España detractores y defensores, cuyos escritos al parecer versaban sobre una gran variedad de aspectos, desde los estrictamente teológicos hasta aquellos que discutían los derechos de una mujer, que además era monja, a impugnar las tesis de una de las glorias literarias de la Compañía de Jesús» (p. 4)[2]. Tal vez sor Juana midió mal sus fuerzas al escoger al padre Vieyra como contrincante pues, a pesar de que el texto

[2] *Trabulse menciona los nombres de siete polemistas aunque sólo en dos casos nos han llegado sus textos (p. 4).*

del jesuita portugués había sido escrito cuarenta años antes (y ya había muerto, aunque sor Juana parece ignorarlo), la polémica consiguiente evidencia el malestar que algunos sintieron. ¿Hasta qué punto sor Juana era consciente de las repercusiones que su texto podía tener? En la introducción a la *Crisis,* Sor Juana muestra su preocupación porque el texto pueda ser conocido más allá del ámbito privado. El destinatario no lo conocemos (Paz supone que es Fernández de Santa Cruz, p. 520), y sor Juana lo presenta así:

> Muy Señor mío: De las bachillerías de una conversación, que en la merced que V. md. me hace pasaron plaza de vivezas, nació en V.md. el deseo de ver por escrito algunos discursos que allí hice de repente sobre los sermones de un excelente orador *(OC,* IV: 412).

Continúa sor Juana diciendo que «porque conozca que le obedezco (...) lo hago (...) será V.md. solo el testigo» *(Ibid).* Ese carácter privado vuelve a ser recalcado al finalizar el texto: «este papel sea tan privado que sólo lo escribo porque V.md. lo manda y para que V.md. lo vea» (p. 435). Si sor Juana insiste en esta cuestión es para poder luego defenderse, porque era casi evidente que el texto se difundiría aunque no fuese publicado. Se trataba, pues, de una excusa para salvaguardar el hecho de que una mujer se atreviese a contradecir en temas teológicos a un orador de la talla de Vieyra. Pero, en realidad, sor Juana no mostraba temor por su osadía; más bien, al contrario, hay un tono provocador en la falsa modestia con que acepta su papel de mujer, que no oculta la ironía:

> La propia autoridad de su precepto honestará los errores de mi obediencia, que a otros ojos pareciera desproporcionada soberbia, y más cayendo en sexo tan desacreditado en materia de letras con la común acepción de todo el mundo *(OC,* IV: 412).
>
> A la vista del elevado ingenio del autor aun los muy gigantes parecen enanos. ¿Pues qué hará una pobre mujer? Aunque ya se vio que una quitó la clava de las manos de Alcides, siendo uno de los tres imposibles que veneró la antigüedad *(Ibid)*[3].

Más allá de las excusas, era obvio que, aunque no se publicase, su difusión estaría asegurada. ¿Compensaba el elogio de unos con el enfado que produciría en otros? Porque no parece que la mención que sor Juana hace a sus «enemigos» en la *Respuesta* tenga carácter metafórico:

> Se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones cuantas no podré contar, y los que más nocivos y sensibles para mí han sido no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien (...) me han mortificado (p. 22).

También en la *Carta* a su confesor, el padre Núñez de Miranda, escrita en 1682, casi diez años antes que la *Respuesta,* se quejaba de manera similar:

[3] *Se refiere a Onfalia, reina de Lidia, que tuvo a Hércules como esclavo, obligándole a vestir prendas femeninas y a ejercer labores de mujer, mientras ella vestía su piel de león y se adueñaba de su maza.*

¿De qué envidia no soy blanco? ¿De qué mala intención no soy objeto? ¿Qué acción hago sin temor? ¿Qué palabra digo sin recelo? Las mujeres sienten que las exceda. Los hombres, que parezca que los igualo (p. 29)

De la enemistad mutua entre sor Juana y el padre Núñez da sobrada fe la referida *Carta*[4], cuyo tono airado sorprendió a los lectores de sor Juana; no conocemos la identidad del resto de enemigos de sor Juana pero no cabe dudar que los tuvo. Tampoco hay que olvidar el amplio círculo de sus amistades, y el trato de favor que recibió de los virreyes, tanto de los marqueses de Mancera (1664-73) como de los marqueses de la Laguna (1680-86).

En 1690 ya no existía para sor Juana el amparo cortesano que había representado la marquesa de la Laguna. En cambio, el poder del arzobispo de México, Francisco de Aguiar y Seijas, iba en aumento, sobre todo después de los motines de 1692 que debilitaron el poder del virrey, el conde de Galve. El hecho de que Aguiar y Seijas fuese un misógino modélico proporciona un interés añadido al conocimiento de su relación con sor Juana. La personalidad neurótica de Aguiar y Seijas queda plasmada en la hagiografía que de él hizo su biógrafo, José de Lezamis. Aborrecía todo acto social, quemaba los libros de comedias y repartía libros devotos, su humildad y ascetismo le hacían llevar trajes viejos y rotos, y comer en los hospitales, y su proverbial caridad adquirió caracteres desenfrenados. Pero lo más llamativo de su excéntrica personalidad fue su misoginia que puede quedar plasmada en este testimonio de su biógrafo:

Que si supiera que ha entrado una mujer en su casa, había de mandar arrancar los ladrillos que ella había pisado (...) No quería que en casa suya pusiesen manos las mujeres ni que le guisasen la comida ni oírlas cantar y ni siquiera oírlas hablar quería (Paz: 531).

Con tal carta de presentación no es difícil «imaginar» a un prelado furibundo persiguiendo a una monja que había escrito poemas amorosos y comedias. La ausencia de documentos, sin embargo, impide seguir ese sugerente camino y verificar determinadas hipótesis. ¿Tenía Santa Cruz la intención de molestar a Seijas al publicar la *Carta Atenagórica?*, ¿era, también, esa la intención de sor Juana al escribir su crítica a Vieyra, como supone Paz (pp. 524-33)[5]?

El reciente descubrimiento por parte de Elías Trabulse de un manuscrito inédito de sor Juana[6] aporta un insospechado dato en relación con la *Crisis*. En la *Carta de Serafina de Cristo* sor Juana le plantea al obispo de Puebla un enigma: «que adivine quién es el personaje contra el que iba dirigida en realidad la *Atenagórica*» (Trabulse: 5). La sospecha de que Sor Juana no escribía inocentemente su crítica a Vieyra, queda desvelada. Tal

[4] *La «tremenda»* Carta *que sor Juana escribió a su confesor fue descubierta por Aurelio Tapia Méndez, quien la publicó en Monterrey en 1981 y 1986 (de ahí que se la conozca también como la* Carta de Monterrey). *La mejor edición es la de Antonio Alatorre (NRFH, XXXV, 2, 1987, pp. 591-673). Octavio Paz la incluyó en addenda a la tercera edición mexicana de sus* Trampas... *También se edita (casi en su totalidad) en mi edición a la* Obra Lírica *de Sor Juana.*

[5] *Benassy-Berling (173-74) demuestra la carencia de pruebas para sostener esta hipótesis ya enunciada por Darío Puccini en su* Sor Juana, Studio de una personalità del Barocco Messicano *(Roma, Ateneo, 1967).*

[6] *Elías Trabulse dio a conocer, en el transcurso de un coloquio sobre sor Juana celebrado en México en abril de 1995, la existencia de ese manuscrito cuyo título es:* Carta que habiendo visto la Atenagórica que con tanto acierto dio a la estampa sor Filotea de la Cruz del Convento de la Santísima Trinidad de la Ciudad de los Angeles, escribía Serafina de Cristo en el Convento de N.P.S. Jerónimo de México. *A la espera de su publicación, la información proporcionada por el artículo mencionada en la* Bibliografía *es la única disponible en este momento (sept. 1994). Bajo el pseudónimo de sor Serafina se oculta sor Juana, que dirigió a Fernández de Santa Cruz*

como señala Trabulse, el enigma puede descifrarse: el personaje contra quien escribe sor Juana es nada menos que su antiguo confesor Antonio Núñez de Miranda. Los motivos de la enemistad los había expuesto sor Juana con rotundidad en su *Carta* a Núñez de 1682. Lamentablemente, carecemos de informaciones sobre la biografía de sor Juana, pero su enfrentamiento con tan poderoso personaje debió de ser especialmente singular para que en 1691 se permita acosarlo de tal manera. Desconocemos si Núñez se dio por enterado (jesuita como Vieyra, orador célebre en México, mantenía posiciones sobre las finezas de Cristo que Sor Juana rebatía en su *Crisis),* pero es posible que sí: es difícil atribuir a una coincidencia que el 10 de marzo de 1691 fray Xavier Palavicino pronuncie un sermón en el convento de sor Juana, defendiendo las tesis de Núñez. Sor Juana, cuya cultura era celebrada más allá de México, quedaba descalificada ante su propia comunidad. En cualquier caso, se trataba de castigar la osadía de sor Juana que, en efecto, había sido grande. Al margen de la doble lectura que la *Crisis* tenía en relación a Núñez, no puede olvidarse que el arzobispo Seijas sentía gran admiración por Vieyra y que, por lo tanto, le desagradaría que sor Juana le criticase y hasta se burlase de él.

Todos estos episodios en relación con el texto de la *Crisis de un sermón* o *Carta Atenagórica,* adquieren especial importancia en su proyección hacia los años siguientes en la vida de sor Juana. En la *Respuesta* seguía presente la mujer fuerte que defendía la igualdad intelectual entre el hombre y la mujer. ¿Cómo explicar que, de pronto, el padre Núñez, con quien mantenía una enemistad manifiesta por lo menos desde 1682 (fecha de la *Carta* a Núñez) vuelva a ser su confesor y padre espiritual? ¿Qué ocurrió para que, aparentemente de modo repentino, sor Juana renunciase a su actividad intelectual, la bandera que había defendido a lo largo de toda su vida? Según el padre Diego Calleja, su primer biógrafo, se debió a una intensificación de su vida religiosa, una especie de «conversión». En todo caso, parece lógico pensar, como señala Sabat de Rivers (1982: 278) que «una mujer que luchó tan incansablemente durante tantos años para defender sus derechos no se hubiera doblegado si a ello no le hubiera inclinado su convencimiento íntimo». Despojándose de todo —de sus libros que regaló a Seijas para que, vendidos, sirviesen de lismosna a los pobres— la imagen de los dos o tres últimos años de su vida sería reconfortante para aquellos rigurosos pastores de almas como Seijas o Núñez. Por fin volvía a imperar el orden en una sociedad en la que se consideraba «natural» el sometimiento de la mujer al varón. El testimonio feminista de sor Juana quedaba firmemente grabado en su *Carta* al padre Núñez, en la *Respuesta* y en muchos de sus versos. Es una mirada hacia el futuro, de la misma manera que la figura del obispo Aguiar y Seijas representaba la

esta carta de tres hojas en folio, fechada el 1 de febrero de 1691. Según señala Trabulse: «Ignoramos si alguna vez llegó a su destino, aunque por su contenido es factible dudar que haya sido alguna vez enviada. Está escrita en prosa y en verso, y el tono jocoserio aparece a lo largo de toda ella» (p. 5).

mirada hacia el pasado. Sor Juana, que hubiese deseado vivir sola, soltera, tiene que recluirse en un convento para librarse del sometimiento al varón (en el matrimonio); pero el claustro no es ajeno al modelo social: ellas, las monjas, son «esposas de Cristo», tuteladas por los frailes de su orden o por el clero regular. No deja de ser simbólico que el arzobispo Seijas, máxima autoridad de la que depende sor Juana, fuese un misógino de rasgos neuróticos, cuyo antifeminismo causa la admiración de su biógrafo. Lo malo no es que Seijas fuese misógino, sino que socialmente se valorara como indicio de santidad tal actitud: el mito de Eva culpable de la pérdida del paraíso, seguía vigente y, en consecuencia, la dependencia de la mujer respecto del varón, equivalía a una especie de castigo compensatorio por su falta.

La observación de la realidad desde la óptica masculina ha sido común a todas las culturas y es la causa directa de la marginación de la mujer. En su época, sor Juana tuvo que soportar la presión de los que desde la animadversión, como Núñez, o desde la amistad, como Santa Cruz, consideraban natural guiar intelectualmente a la mujer. Las consideraciones de Fray Luis de León en *La perfecta casada* (1583) seguían, en el fondo, teniendo vigencia: «la Naturaleza (...) hizo a las mujeres para que encerradas guardasen la casa (...) no las hizo para el estudio de las ciencias, (...) así las limitó el entendimiento» *(cit* Sánchez Lora: 50). No había mala voluntad en Fray Luis, solamente el eco de una larga tradición, tan naturalmente aceptada, que tenía cabida incluso en una obra escrita bajo la orientación del humanismo cristiano y que dignificaba a la mujer. Tradición que, con más crudeza, se reflejaba también en el *Examen de Ingenios* (1575) de Huarte de San Juan:

> Las hembras, por razón de la frialdad y humidad de su sexo, no pueden alcanzar ingenio profundo. Sólo vemos que hablan con alguna apariencia de habilidad en materias livianas y fáciles, con términos comunes y muy estudiados; pero metidas en letras, no pueden aprender más que un poco de latín, y esto por ser obra de la memoria *(cit* Sánchez Lora: 49).

Frente a la misoginia explícita o latente de su época sor Juana mostró el esplendor de su inteligencia, y por ello fue celebrada entre sus contemporáneos. No fue un camino fácil el que tuvo que recorrer, tal como reflejan la *Respuesta* y la *Carta* a Núñez. Estos dos textos serían suficientes para confirmar un feminismo que se sustenta en la igualdad intelectual de las personas, al margen de su sexo. Igualmente, en el conjunto de su obra escrita, puede apreciarse el planteamiento feminista de sor Juana que es consecuente con su forma de observar la realidad desde una perspectiva intelectual: su confianza en la «razón» le lleva a establecer una escala de

valores en la que se prima la facultad intelectiva, espacio que debe ser de encuentro entre los dos sexos. En los siguientes apartados podrá observarse que el feminismo en sor Juana suele ir unido a la reivindicación y valoración de lo intelectual.

a) En 1680 escribía sor Juana el *Neptuno alegórico*, «Arco» encargado por el cabildo catedralicio para celebrar la llegada de los nuevos virreyes, los marqueses de la Laguna. Consciente del honor que se le hacía, sor Juana escribió en prosa y verso un brillante y barroco texto, explicativo de la fábrica del arco, en el que se deseaba que el virrey gobernase con sabiduría. Señalaba sor Juana que «la sabiduría es la más principal (de las virtudes), como raíz y fuente de donde emanan todas las otras» *(O.C.*, IV: 367) y comparaba al virrey con Neptuno, transformando al irascible dios en sabio[7] a tenor de una genealogía por la que resultaba hijo de la diosa Isis que, a su vez, encarnaba la sabiduría:

> Tuvo no sólo todas las partes de sabia, sino de la misma sabiduría, que se ideó en ella. Pues siendo Neptuno hijo suyo, claro está que no le corría menor obligación *(O.C.*, IV: 362)

La representación de la sabiduría en un personaje femenino, no ha pasado desapercibido para la crítica (Paz: 229-41; Sabat de Rivers, 1992b: 241-56) y forma parte de uno de los argumentos que sor Juana utilizó con insistencia en su defensa del derecho de la mujer al estudio: la existencia de personajes femeninos ejemplares, las «mujeres sabias», recordadas en la *Respuesta*, desde los personajes mitológicos como Minerva hasta las religiosas que, a través de los siglos, habían destacado por su actividad intelectual, o aquellos ejemplos más cercanos a ella misma de los que tuvo conocimiento.

Hay dos personajes de la Antigüedad que sor Juana realza y cuyo martirio se relaciona con su inclusión en el grupo de «mujeres sabias». Hipatia, citada en la *Respuesta*, dirigió la academia platónica de Alejandría y escribió tratados científicos (Paz: 547). Santa Catarina de Alejandría derrotó a los varones más doctos y gozó de gran prestigio intelectual. Las similitudes con sor Juana son fáciles de establecer: juventud, belleza, inteligencia. Como ellas, sor Juana se siente simbólicamente martirizada[8]. No deja de ser indicativo que los villancicos de Santa Catarina los escriba sor Juana en 1691 (probablemente para ser cantados el día de su festividad, el 25 de noviembre), en el polémico ambiente desatado por su *Crisis*, y que sean tan explícitos en su feminismo[9].

Entre las «mujeres sabias» contemporáneas destaca sor Juana a la duquesa de Aveyro, a quien dedica un poema encomiástico, lleno de complicidades femeninas que van más allá de las reivindicaciones de algunos

[7] *Comenta Octavio Paz: «El proceso de transformación de sor Juana tendía a intelectualizar e interiorizar a Neptuno para convertirlo, de dios tempestuoso y progenitor de monstruos espantables como Polifemo y el gigante Ateneo, en una deidad civilizadora cuyos atributos eran la sapiencia, la cultura y el arte» (p. 219).*

[8] *Los villancicos que sor Juana dedicó a Santa Catarina han sido vistos como uno de los ejemplos más representativos de su feminismo (Chang-Rodríguez, 1983: 25-28; Bénassy-Berling, 287-89).*

[9] *Algunos versos: «Porque es bella la envidian» «De una mujer se convencen / todos los sabios de Egipto / para prueba de que el sexo / no es esencia en lo entendido»; «Estudia, arguye y enseña, / y es de la Iglesia servicio, / que no la quiere ignorante / El que racional la hizo»; «Nunca de varón ilustre / triunfo igual habemos visto; / y es que quiso Dios en ella / honrar el sexo femíneo»* (O.C., *II: 432).*

versos[10]. En sus primeras estrofas se desarrolla el tópico de las alabanzas desmesuradas a los nobles: la duquesa, famosa por sus donaciones misioneras, era considerada como una «mujer sabia»; de ahí, los grandes elogios que en este sentido le dedica sor Juana («cifra de las nueve Musas», «primogénita de Apolo», «presidenta del Parnaso», «clara Sibila española»). El tono del poema cambia, sin embargo, cuando Sor Juana se hace presente en el mismo. A pesar de la distancia social, hay una cercanía espiritual: sor Juana se identifica, como mujer, con un alma gemela en afanes intelectuales. El momento culminante del poema llega con la mención a Lisi: sor Juana ensalza a la duquesa y a la condesa de Paredes en una cascada de elogios centrados en la belleza femenina. El tópico, sin embargo, pierde su carácter tradicional, es decir, la perspectiva masculina: la delicadeza de las menciones más bien sugiere un ámbito familiarmente femenino. Ese especial tono femenino que, frecuentemente, impregna su poesía, podría denominarse «femineidad», término que engloba una serie de valores distintos (cuando no opuestos) a los representados por la «masculinidad». En el caso de sor Juana, dicha «femineidad» se percibe en el tono familiar y afectivo de muchos poemas, especialmente en los dedicados a la condesa de Paredes y en otros de tipo «cortesano». Se trata, desde luego, de una cuestión de matiz, por la que el lector percibe que el poema ha sido escrito por una mujer (aunque en términos teóricos no sería fácil mantener esta distinción).

En coincidencia con su retrato de las «mujeres sabias», sor Juana se refiere a sí misma en algunos poemas. Uno de los más interesantes al respecto es el que le sirve de contestación a un caballero del Perú, que le había escrito un poema (hoy perdido) «diciéndole que se volviese hombre», modo de ensalzar a la poetisa acorde con una mentalidad masculina que consideraba inferior a la mujer. No desaprovechó la ocasión sor Juana y le respondió en tono jocoso, no exento ocasionalmente de gravedad, que la inteligencia no entiende de sexos: «sólo sé que aquí me vine / porque, si es que soy mujer, / ninguno lo verifique (...) / y sólo sé que mi cuerpo (...) / es neutro, o abstracto, cuanto / sólo el alma deposite» *(O.C.*, I: 138).

b) En tono satírico se burla sor Juana del comportamiento masculino respecto de la mujer. Las célebres redondillas «Hombres necios» censuran los tópicos misóginos, mostrando el paradójico comportamiento del varón, cuya volubilidad resultaba poco acorde con la perspectiva razonadora con la que sor Juana observaba la vida. El tópico del honor masculino, supeditado al comportamiento de la mujer (siempre hay un padre, un hermano o un esposo que deben velar por la mujer) es tratado por sor Juana en su comedia *Los empeños de una casa* en clave humorística. Don Rodrigo

[10] *Por ejemplo, «claro honor de las mujeres, / de los hombres docto ultraje, / que probáis que no es el sexo / de la inteligencia parte». Pero son versos demasiado evidentes en su mensaje, similares a los de otros poemas: dan la impresión de que sor Juana no tuvo que esforzarse mucho para expresar una reivindicación primordial.*

teme que su honor haya sido mancillado, al pensar que su hija Leonor ha sido raptada por Don Pedro. El criado, Hernando, le hace ver que dado que Don Pedro es joven y rico, debe comportarse cuerdamente y, en efecto, en vez de ejercer el código del honor, Don Rodrigo elige: «Buscar a mi ofensor aprisa (...) / por convertirle de enemigo en hijo» (vv. 737-38). Sor Juana critica la simplicidad del comportamiento masculino, reiteradamente expresado en tópicos misóginos como los de Don Rodrigo: «¡Oh mujeres! ¡Oh monstruoso veneno! / ¿Quién en vosotras fía, / si con igual locura y osadía, / con la misma medida / se pierde la ignorante y la entendida?» (vv. 682-86). Por eso, en unas glosas, aconseja a la mujer que: «A ninguno tu beldad / entregues, que es sinrazón / que sirva tu perfección / de triunfo a su vanidad» *(O.C.*, I: 265), y, al mismo tiempo, en otro poema «avisa» al hombre que se considera amante venturoso: «El loco orgullo refrena,/ porque pronto te hallarás / burlado y conocerás / cuánto es necio un confiado» *(O.C.* I : 265).

c) Sor Juana también tuvo que sortear un problema, derivado de su condición de mujer, al escribir poesía amorosa. Era evidente que la tradición poética amorosa no había previsto que las mujeres pudiesen ocupar un lugar reservado a los hombres. Sor Juana se encontró, así, con el inicial problema de fijar el sujeto del enunciado del poema.

Sor Juana escribió sus poemas amorosos en primera persona. No podía ser de otra manera, ya que desde la tradición del amor cortés, y desde Petrarca, el yo poético se correspondía con el arquetipo del amante. Al identificar el yo poético con el autor, sor Juana seguía fielmente la tradición, pero, al mismo tiempo, introducía un elemento distorsionador, ya que se trataba de un «yo poético» femenino (lo que hace prácticamente siempre, ya que los poemas en que habla un varón se limitan a cuatro sonetos). Ese «yo poético» femenino era difícil de encajar en una tradición que siempre había sido la del «yo» masculino. Sor Juana no puede renunciar, por principios personales, a representar la voz femenina, pero no acepta limitarse a desempeñar el pequeño papel que la tradición había asignado a la mujer en las relaciones amorosas. La mujer deja de ser en la poesía de sor Juana el elemento pasivo de la relación amorosa; recupera algo que el hombre le había usurpado: la capacidad de expresar la variada gama de situaciones amorosas que la tradición ofrecía, desde un punto de vista femenino.

d) Finalizaré con unas breves consideraciones sobre *El sueño,* poema en el que se resumen los afanes intelectuales de sor Juana. El alma, superada la contingencia de la diferenciación sexual, intenta comprender la realidad y aparentemente fracasa. Sor Juana reconoce las limitaciones de las facultades intelectivas, pero no por ello renuncia al único camino que el ser

humano, ente individual, tiene para comunicarse con el todo universal. La referencia que en el poema se hace a Faetón no es ociosa (vv. 781-826): sor Juana otorga un nuevo simbolismo al gastado mito que reflejaba que la soberbia era castigada por Dios. La osadía de Faetón es considerada «atrevimiento» y «ambición» que sirven de ejemplo al alma para no ceder en su difícil camino intelectual. Si para el pensamiento tradicional, Faetón simbolizaba el límite que no debía traspasarse, para sor Juana es la incitación a avanzar más allá de lo conocido. Libertad e inteligencia se dan la mano. Mujer de su época, sor Juana tal vez no se percató de comportamientos sociales que hoy nos pueden parecer injustos, pero sí se rebeló contra algo que afectaba directamanete a la dignidad de la mujer: intelectualmente era inadmisible que se la postergara frente al varón.

José Carlos González Boixo

Bibliografía

ABEL, ELIZABETH, ed. 1982. *Writing and Sexual Difference.* Chicago: Univ. of Chicago Press.

ARENAL, ELECTA. 1983. «Sor Juana Inés de la Cruz: Speaking the mother tongue». *University of Dayton Review* 16(2): 93-105.

BÉNASSY-BERLING, MARIE-CÉCILE. 1982. *Humanisme et religion chez Sor Juana Inés de la Cruz. La femme et la culture au XVIIè. siecle.* París: Ed. Hispaniques.

CHANG RODRÍGUEZ, RAQUEL. 1983. «Mayorías y minorías en la formación de la cultura virreinal». *University of Dayton Review,* 16(2): 23-34.

———. 1985. «A propósito de Sor Juana y sus admiradores novocastellanos». En *Revista Iberoamericana* LI (132-133): 605-19.

FORT, MARÍA ROSA. 1991. «Juego de voces: los sonetos de amor y discreción de Sor Juana Inés de la Cruz». *Revista de crítica literaria latinoamericana* 34:33-45.

GONZÁLEZ BOIXO, JOSÉ CARLOS. 1992. Introducción, 9-62. En Sor Juana Inés de la Cruz, *Poesía Lírica.* Madrid: Cátedra.

GREENE, GAYLE Y COPPÉLIA KAHN, eds. 1985. *Making a Difference: Feminist Literary Criticism.* Londres/New York: Methuen.

MAZA, FRANCISCO DE LA. 1980. *Sor Juana Inés de la Cruz ante la Historia.* México: UNAM.

MERRIM, STEPHANIE, ed. 1991. *Feminist Perspectives on Sor Juana Inés de la Cruz.* Detroit: Wayne State University Press.

MONGUIÓ, LUIS. 1983. «Compañía para Sor Juana: mujeres cultas en el virreinato del Perú». *University of Dayton Review* 16(2): 45-52.

MORA, GABRIELA, Y KAREN S. VAN HOOFT. 1982. *Theory and Practice of Feminist Literary Criticism.* Ypsilanti, Michigan: Bilingual Press.

MURIEL, JOSEFINA. 1982. *Cultura femenina novohispana.* México: UNAM.
———. 1986. *Conventos de monjas en la Nueva España.* México: Santiago.
PASCUAL BUXÓ, JOSÉ. 1989. «Lectura barroca de la poesía (el otro Sueño de Sor Juana Inés de la Cruz)». En *Imago Hispaniae. Homenaje a Manuel Criado del Val,* 551-72. Kassel: Reichenberger.
PAZ, OCTAVIO. 1982. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe.* Barcelona: Seix Barral.
Revista Iberoamericana. 1985. «Número especial dedicado a las escritoras de la América Hispánica». LI(132-133).
SABAT DE RIVERS, GEORGINA. 1976. *El Sueño de Sor Juana Inés de la Cruz : tradiciones literarias y originalidad,* Londres, Tamesis Books.
———. 1982. «Sor Juana Inés de la Cruz», 275-293. *Historia de la literatura hispanoamericana,* t. I, Madrid: Cátedra.
———. 1992a. *Estudios de literatura hispanoamericana. Sor Juana Inés de la Cruz y otros poetas barrocos de la Colonia.* Barcelona: PPU.
———. 1992b. «Clarinda, María de Estrada y Sor Juana: imágenes poéticas de lo femenino». En Sabat, 1992a: 155-77.
———. 1992c. «*Ejercicios de la Encarnación:* sobre la imagen de María y la decisión final de Sor Juana». En Sabat, 1992a: 257-82.
———. 1992d. «Sor Juana: imágenes femeninas de su científico Sueño». En Sabat, 1992a: 305-26.
———. 1992e. «Mujer, ilegítima y criolla: en busca de Sor Juana. En Beatriz González Stephan y Lucía Helena Costigan», ed. *Crítica y descolonización: El sujeto colonial en la cultura latinoamericana,* 397-418. Caracas, Univ. Simón Bolivar y Ohio State University.
———. 1993. «Sor Juana: feminismo y americanismo en su romance a la Duquesa de Aveiro». *Foro Hispánico* 5: 101-109.
SALAZAR DE GARZA, NURIA. 1990. *La vida común en los conventos de monjas de la ciudad de Puebla.* Puebla.
SÁNCHEZ LORA, JOSÉ L. 1988. *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca.* Madrid: FUE.
SOWALTER, ELAINE, ed. 1985. *The New Feminist Criticism. Essays on Women, Literature and Theory.* New York:Pantheon Books.
TRABULSE, ELÍAS. 1995. «La guerra de las finezas. La otra respuesta a sor Filotea en un manuscrito inédito de 1691», 4-6. *La Jornada semanal* (México), nº 9, 7 de mayo.
VIGIL, MARILÓ. 1986. *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII.* Madrid: Siglo XXI.



Mapa de la Nueva España
a fines del s. XVII